

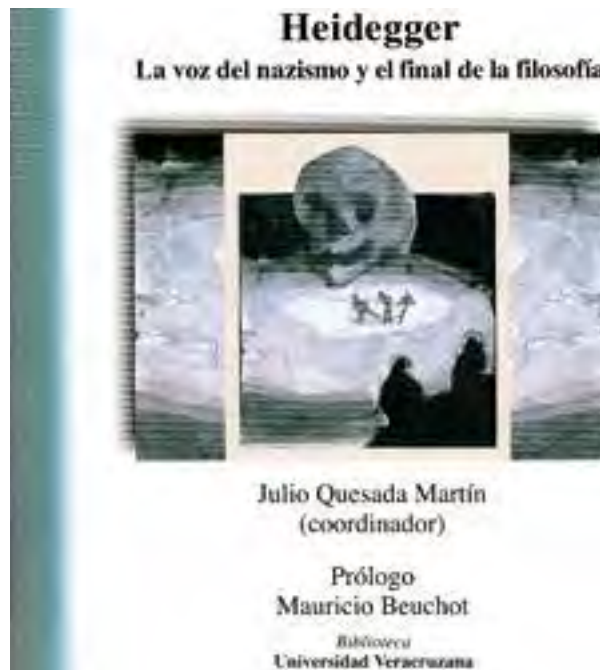
***La voz del nazismo y el final de la filosofía*, Julio Quesada Martínez (coordinador).**

Por Paz Pérez Encinas

En la Introducción de *Ser y Tiempo* nos anuncia Heidegger que toda pregunta que dirijamos a la realidad lleva en sí misma una cierta comprensión de la respuesta, es decir, que, en cierta forma, el sentido de lo que buscamos ya está implícito en lo que preguntamos. Veámos si podemos aplicar esa precomprensión anunciada a la obra reseñada: *La voz del nazismo y el final de la filosofía*. Más de veinte pensadores apuntan con su mirada investigadora a **des-ocultar** la conexión de la obra filosófica de Heidegger y la realidad del nacionalsocialismo, desde la que está pensada. ¿Es suficiente y más aún legítimo acercarse a la obra heideggeriana desde un profundo, pero exclusivo, análisis interno? Los autores que colaboran en el volumen ya adelantan su negativa, al respaldar el título del volumen. Un análisis hermenéutico del pensamiento exige acercar la estructura argumentativa interna de un pensamiento al horizonte externo que la ha pro-vocado y a la cual va a darle voz y palabra. Desde la misma nota introductoria se reivindica la intención de “ofrecer voz” a ese mudo silencio que ha rodeado intencionadamente a parte de los críticos del pensamiento heideggeriano respecto a la contextualización de su pensamiento y que les ha llevado a optar por atender solamente al soliloquio interno del pensamiento expuesto.

¿Qué significa hacer frente a la obra heideggeriana desde su horizonte hermenéutico, por otra parte tan defendido por Heidegger? Recuperemos alguna de las respuestas ofrecidas vehementemente en este volumen:

- Retarle a enfrentar su pensamiento a la dialéctica de la argumentación y contraargumentación, es decir, exigirle abandonar la retórica y poética de su lenguaje para exponerle a un auténtico discurso filosófico.
- Exigirle el encuentro entre la persona y el pensador, que sólo una mirada esquizoide podría mantener en la incomunicación.



-Abrir el *Da-sein* heideggeriano a una realidad de significado que trascienda la mundaneidad germánica, para poder escuchar la voz del “otro”, de ese “no-ser” que tantas veces Heidegger ha reivindicado, que forma parte del ser, en un pensamiento libre y abierto, que piensa desde la *Lichtung* con clara y determinada conciencia de que lo es.

-Enfrentarle a la tradición hermenéutica de los filósofos recogidos en su obra, pero siempre desde la mirada de su momento histórico.

-Confrontar su ontología con la ética, es decir, el análisis del “ser de las cosas mismas” con las “consecuencias” que de ellas se desprenden y que, también, forman parte de su ser.

-Ubicarlo dentro de las grandes líneas del pensamiento contemporáneo, incluidas las más distantes de su propia filosofía, dado que todas ellas proceden de un mismo origen y forman parte de una misma tradición, ante la cual nadie puede considerarse un propietario privilegiado.

-Y, en definitiva, mirar la obra heideggeriana desde el contexto más inmediato y cercano en el que fue construida, como voz del ser: la guerra y el nacionalsocialismo.

Encontramos en esta obra a autores que no darán tregua al pensamiento del filósofo alemán, ni permitirán que se refugie en artilugios metafísicos, sino que llevarán su palabra a un diálogo directo con el momento histórico que la hizo emerger y le exigirán una respuesta clara y directa a la pregunta por la responsabilidad del pensador para con la realidad presente, desde la que estaba escribiendo y pensando.

Este es el hilo conductor que mantiene en tensión el volumen, *La voz del nazismo y el final de la filosofía*, en donde la tarea de los colaboradores ha consistido en darle “presencia” al pensamiento de Heidegger desde su “presente” inmediato. De esta manera, han sometido el pensamiento filosófico del autor a las exigencias hermenéuticas que él mismo defendió y legitimó en su filosofía.

Con el mismo empeño que Heidegger en *El origen de la obra de arte* considera que hay que hacer partícipe de la eclosión de la obra de arte tanto al artista como a la “tierra” con la que trabaja, al “mundo” que con ella se construye, a la lucha entre todos estos elementos como principios activos de la tarea “des-veladora” de la obra de arte, sin olvidar, en ningún caso, la mirada del espectador que “cuida”, “mantiene” y “conserva” el sentido de la obra, de la misma manera, digo, los autores que colaboran en la edificación del volumen citado reivindican con fuerza, que su mirada también forme parte del pensamiento heideggeriano, de esa tensión dialéctica entre el análisis interno de un pensamiento y el criterio externo, con el que se mantiene en disputa.

Esta muestra de pensamiento colectivo comienza con la aportación de Ortega y Gasset – “El ventrílocuo de Hölderlin”-. Ortega valora el estilo filosófico del autor y la profundidad de su pensamiento. Le reconoce “el talento verbal” para encontrar el significado profundo de los vocablos en su *status nascendi*. Es una de las funciones de la filosofía, pero también le exige el proceso contrario, “el hacer patente lo latente”, para lo cual se requiere no limitarse al mundo de las palabras aisladas sino de los “contextos”, en donde las cosas dejan de ser palabras para convertirse en *pragmata*, en “asuntos”, que tienen relación con el hombre. Sutil manera de reclamarle a la filosofía heideggeriana interacción con su realidad contemporánea.

Reyes Mate, en “La Miseria”, valora la fortaleza y fecundidad de la filosofía heideggeriana: “Basta un fleco de su filosofía para fecundar sistemas enteros...”. Reconoce la influencia del autor en filósofos y movimientos actuales de gran relevancia, pero recuerda que no hay que olvidar ese debate pendiente que, no pocas veces, se ha silenciado intencionadamente, su vínculo con el nacionalsocialismo. Y no solamente su persona, sino también su filosofía. Junto con Habermas rememora obras, conferencias, discursos, momentos, en donde el pensamiento antidemocrático, antiilustrado y antimoderno sale a la luz con gran facilidad. Incluso, el desconsuelo del nazismo tiene cabida en el núcleo fuerte de su pensamiento, en la inauguración de una nueva época filosófica, la etapa del “ser como acaecer”.

Carlos Pereda titula su artículo “La contaminación”, para rechazar obras como la de Farías, *Heidegger y el Nazismo*, que tanto alboroto han producido y que carecerían de apoyo empírico y profundidad argumentativa. Exige no “contaminar” toda la obra con referencias externas a su discurrir interno, pero también pide estar alerta a ciertos signos como “las nostalgias de la pureza” o “el vértigo de lo sublime” que nos podrían acercar a Auschwitz.

Bolívar Echevarría, en “El Ultranzismo”, se pregunta cómo fue posible la obnubilación de Heidegger con el nazismo. Había otros movimientos más abiertos, el marxismo, por ejemplo. Ni el oportunismo ni la ingenuidad le dan una respuesta satisfactoria. En la interacción entre la realidad política y filosófica parece encontrar el autor un camino despejado. La opción de Heidegger por la Alemania arcaica y rural frente a la moderna le llevó a sentirse lejano de otros movimientos contemporáneos, que incorporaban una concepción del hombre dentro de una realidad moderna tecnológica y económica. El pensamiento nazi conectaba mejor con su propio pensamiento filosófico y a él podría prestar su contribución.

En “¿La voz de tiempos sombríos?” cuestiona Valeriano Bozal las interpretaciones de la obra heideggeriana, que no enfrentan su pensamiento con la realidad histórica alemana. Exige no seguir contribuyendo al olvido de la historia, al olvido de “lo que pasó”.

Estos cinco artículos son agrupados bajo el epígrafe “Ecos de ‘el caso Heidegger’” y forman la primera parte de la obra. A la segunda parte, titulada “Crítica filosófica y política”, contribuyen quince autores, que seleccionan momentos claves del pensamiento heideggeriano, que de alguna forma –directa o indirecta- vinculan al autor con las líneas básicas del nacionalsocialismo.

Jorge Juanes, en “Prólogo para irse desmarcando: las aventuras del individuo autónomo y libre *versus* los poderes gregarios”, defenderá la existencia como libertad y como preocupación por hacerse a sí misma, pero cuestionará su posibilidad dentro de la filosofía de Heidegger, desde el momento que intenta su punto de encuentro con el “ser” y acepta su anulación. Rechaza los discursos reduccionistas, de carácter económico o sociológico, y reivindica el lenguaje de la existencia y de la libertad, pero siempre dentro de un “diálogo” con la realidad, no bajo su sumisión. Esa integración esencial-orgánica- comunitaria de “*ek-sistentes*” alemanes, bajo una unidad de “destino”, tuvo consecuencias nefastas, que no pueden ser olvidadas y que tienen responsabilidades filosóficas, que deben salir a la luz.

En “La Genealogía del mal o los orígenes históricos-ideológicos del nazismo”, Jesús Turiso Sebastián se pregunta por qué se dio el nazismo en Alemania y no en otro país. Acude a la diferencias entre los conceptos de “cultura” –de carácter endógeno- y “civilización”-de mirada más amplia, abierta e integradora, para situar en aquel una de las raíces de la tragedia alemana. Acompaña su reflexión con una valoración de los acontecimientos históricos que han diseñado el espíritu colectivo y diferenciador alemán, situando la obra de Heidegger como una contribución intelectual a la invocación del espíritu diferenciador germánico.

Con Jorge Buganza, en su artículo “La ontología de Heidegger frente a la crítica tomista”, se nos enfrenta el pensamiento de Heidegger con el tomismo. Podría parecer que este artículo se aparta del hilo conductor que dirige el volumen que estamos reseñando, sin embargo, las reflexiones sobre uno de los puntos centrales de la ontología heideggeriana, **la diferencia ontológica**, hunden sus raíces en la investigación metafísica tradicional y acabarán mostrando, posteriormente, su relevancia en la denuncia de los vínculos existentes entre la filosofía de Heidegger y el nacionalsocialismo.

Desde la misma temática habrá que leer el artículo de Ramón Kuri Camacho, “Francisco Suárez y la esencialización del ser. Su influjo en la filosofía moderna y su relación con Heidegger”. La investigación sobre la diferenciación entre el ser y el ente de Francisco Suárez tuvieron influencia decisiva en el pensamiento moderno y en el heideggeriano, aunque no necesariamente en una correlación directa.

Jae-Honn Lee en, “Heidegger en 1924: la influencia de Yorck von Wartenburg sobre la interpretación heideggeriana de Descartes”, enfrenta la filosofía de Heidegger con el Descartes observado a través de las categorías de Yorck von Wartenburg. Descartes se sitúa en la caída del pensamiento, al poner como único punto de referencia al

“*cogito*”, frente al que Heidegger quiere oponer las categorías de “suelo” e “historicidad”, en las que está inscrito el *Dasein* y que, con la ayuda de Yorck von Wartenburg, rescata desde los orígenes del pensamiento griego. Sin embargo, ese “suelo” reivindicado llegó a radicalizarse y nazificarse en la obra del pensador.

Adriana Rodríguez, en “Hermenéutica de la *Sorge*”, extrae las consecuencias de las categorías de “suelo” y “sangre”, ya aparecidas en artículos anteriores. Este modelo de hermenéutica, que rastrea los orígenes y lo arcaico, que busca allí el sentido de lo ordinario, que romantiza la política, tiene un significado cierto en el ámbito de la estética, pero en el ámbito político, es fuente de riesgo. Implica una pérdida de confianza ante la razón ilustrada y ante la argumentación filosófica, que pone en peligro el humanismo conquistado históricamente.

J. Fritsche, en “La historicidad y la muerte en *Ser y Tiempo*”, ofrece una lectura interesante de *Ser y Tiempo*, al oponerse a la lectura individualista del *Dasein* y proponer, en su lugar, un *Dasein* comunitario.

Alberto Hidalgo, en “Crítica al pensar de M. Heidegger desde el materialismo gnoseológico (A propósito de la distinción entre ciencia, *Weltanschauung* y filosofía)”, enfrentará el pensamiento heideggeriano de los años veinte con el materialismo filosófico. Para el materialismo, la filosofía es un saber de segundo orden, no es un saber originario; es un saber que siempre trabaja con “esencias ya dadas”, formadas a partir de la construcción científica y tecnológica. Heidegger, por el contrario, considera la filosofía como la auténtica fuente desveladora de la realidad originaria y, por lo tanto, fundadora del saber originario. Hidalgo reconoce el entusiasmo que esta filosofía pudo ejercer sobre los jóvenes de aquella época, que estaban sufriendo la “crisis de las ciencias”, pero recuerda lo cercana que se encontraría esta filosofía, que abandona las condiciones materiales, respecto al “mito”.

Emmanuel Faye, en “La subjetividad y la raza en los escritos de Heidegger”, continúa rastreando el abandono de la modernidad, la subjetividad y la racionalidad de la filosofía heideggeriana, a favor de las categorías de “comunidad” y “pueblo”. Exige la continuación de estudios de carácter propiamente filosóficos de la obra heideggeriana, en donde se analice de forma crítica esta conexión entre su pensamiento y el nazismo y que se de acceso libre a los archivos y manuscritos de Heidegger que todavía están prohibidos.

Sidonie Kellerer, en “Un avatar ideológico o el maquillaje de un texto acerca de la época de la imagen del mundo”, denuncia un sinfín de divergencias entre los manuscritos de Heidegger y las publicaciones después de la guerra. Toda una operación de maquillaje intencionado rodea a la obra heideggeriana y afirma, al igual que Emmanuel Faye, que se requiere una edición crítica de toda la obra, que cuestione la política editorial y reseñe todas las discrepancias que todavía hoy se mantienen.

Francisco Volpi, en “Introducción censurada a los *Beiträge zur Philosophie*”,

comenta las expectativas que rodearon al volumen, considerado como la segunda obra capital de Heidegger. Con un

lenguaje críptico y lleno de sentencias y aforismos intentaría Heidegger abandonar la comprensión trascendental del *Dasein* para retrotraerse a “la inmemorial proveniencia de la existencia”, al horizonte en el que el *Dasein* encuentra el mundo de la posibilidad abierta. Esa co-pertenencia “ser-*Dasein*”, que recoge el concepto del *Ereignis*, quiere ser aprehendida desde categorías no metafísicas, categorías impermeables al “olvido” del ser y de “la diferencia ontológica”, que ha arrastrado a la filosofía occidental. Iniciar el camino es intentar dar el salto hacia el nuevo pensar y constatar el final de la filosofía tradicional. Reconoce Volpi el “sublime espectáculo” que esto supone, a pesar de estar impregnado de todo tipo de críticas, como las sugeridas hasta ahora, y con las que él también conecta.

Richard Wolin, en “Sobre la línea: reflexiones entorno a Heidegger y al nacionalsocialismo”, confiesa que aunque no se pueda reducir toda la obra heideggeriana y, concretamente, *Ser y Tiempo*, a los elementos que la vinculan con el nacionalsocialismo, no obstante hay que identificarlos. Incluso “el decisionismo”, tan central en su filosofía, constituyó una renovación espiritual del *Dasein* alemán, que podía, de esta manera, situarse al margen del nihilismo europeo. Su decisión por la “autenticidad” está en comunión con la fundación de la “*Volksgemeinschaft*”. Su antimodernismo coincide con la búsqueda de un arraigo posicionado políticamente. La crítica a la ciencia y a la argumentación científica corre paralela al carácter profético y evocativo que va adquiriendo su pensamiento.

Julio Quesada, coordinador del volumen presentado, en “La tarea de una destrucción de la historia de la ontología la biopolítica nazi”, se enfrenta al análisis de *Ser y Tiempo*, *El Informe Natorp*, *Nietzsche* y *La Carta del Humanismo* desde las categorías de la biopolítica nazi. Reconoce similitudes entre la obra de Rosenberg, filósofo del nazismo, y la filosofía heideggeriana. Demasiadas similitudes les acercan: la destrucción de la subjetividad, la vuelta al origen como salvación, la sustitución de la verdad cartesiana por la verdad como “desvelamiento” etc... En definitiva, las raíces de su filosofía se encontrarían en los orígenes mitológicos de la nación germana, todo ello encaminado a proponer el final de la filosofía y el inicio de la nueva tarea del pensar, con la que Quesada no está en absoluto de acuerdo. En este sentido, hay que reconocer que el autor lleva años investigando la obra de Heidegger para denunciar intelectualmente los errores y lagunas existentes en la interpretación de la obra heideggeriana.

Lucía Fernández Flórez, en “Maldito Spinoza: el ataque de Carl Schmitt al tratado teológico-político”, realiza un interesante estudio sobre el proyecto teológico-político de una genealogía judía, enemiga de la cultura y raza alemana, a la vista de distintos autores con los que conectaría la obra de Heidegger. Nos introduce en la ciencia del derecho alemán para alcanzar al “filósofo” desde una perspectiva menos trabajada.

Juan Carlos Moreno Romo, en “Entorno a la curiosa idolatría del “Claro del Bosque””, se cuestiona, si a pesar de la admiración que los alumnos de Heidegger sentían por el maestro, por su “encuentro minucioso” con la antigüedad filosófica, no se estaría realizando un verdadero acto de violencia contra la fidelidad histórica. Recoge la pasión que algunos de sus discípulos,- Hannah Arendt, Gadamer, J. Beaufret- sentían por “el maestro”, pero no puede dejar de denunciar cómo se imponía violentamente su pensamiento, en forma oracular, a la hora de enfrentarse

a distintos autores de la Historia de la Filosofía.

Este amplio volumen dedica **dos anexos** para perfilar “el final de la filosofía” anunciado en el título. En el primero, se presenta el escrito de Heidegger titulado “La Universidad en el estado nacionalsocialista”, correspondiente a la conferencia dada en Tubinga el 30 de noviembre de 1933, dedicada a la defensa de la Universidad como un segmento del estado nacionalsocialista, en donde explícitamente se establece la conexión entre la filosofía y la política. Y a “La interpretación existencial del estado” que realiza Eugenio Frutos en donde el “Estado” es interpretado como la “encarnación” de la verdad, expuesta en el “despeje” o “apertura” del ser.

En el segundo anexo, se dirige la mirada a Hölderlin, ofreciendo “El borrador de una carta de Hölderlin en Frances” y el poema de Juan Miguel González “Avecilla de Hölderlin”:

Casi setecientas páginas forman este volumen dedicado a la investigación de la voz del nazismo, presente en la obra heideggeriana. Volumen, que no solamente tiene el mérito de ofrecernos esta lectura crítica del pensamiento filosófico, sino también de la cultura alemana, dado que constituye un valioso documento expositivo del “suelo germánico” desde el que estaba pensando el “filósofo”. De esta manera, se instala la filosofía de Heidegger en las coordenadas que él mismo exigía a todo el pensar: el estado de facticidad o de “arrojeidad”, desde el que uno crea su pensamiento o escucha la “voz” de lo que hay que pensar.

Pero ahora nos queda por pensar cómo es posible que este pensamiento transmisor de los ecos del nacionalsocialismo haya podido crear un material tan fecundo para la filosofía contemporánea. Se necesitarían obras ulteriores que conectaran el análisis interno de la obra heideggeriana, **en su totalidad**, con las circunstancias externas a las que le fue dando “voz”, pero no en busca de una armonía pacificadora que zanjara la discusión sino por respeto a la comprensión y racionalidad humana y, principalmente, filosófica.

